EL CUENTO GALANTE



1
229970

BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

VNA GRAN MVJER.

POR

ALBERTO VALERO MARTIN

10 Cts

AÑO I — 24 de Julio de 1913. — NÚM. 16

EL CUENTO GALANTE
SALE LOS JUEVES
Fuencarral, 24.-MADRID
DIRECTOR LITERARIO: EMILIO CARRERE

PRECIOS DE SUSCRIPCION
Madrid y provincias: Trimestre, 1,25
:::: pesetas. Semestre, 2,50. Año, 5 ::::
Anuncios á precios convencionales.
NÚMERO SUELTO, 10 CTS.

1
229970

Concurso de EL CUENTO GALANTE

Estamos convencidos de que en algún rincón provinciano, ó luchando en la Corte para romper el anónimo, existen unos cuantos escritores de talento obscurecidos por un poco de mala suerte personal, por falta de estímulos para la pelea ó por el cretinismo de algún distinguido orangután de los que dirigen algunas publicaciones.

Deseando dar al público un nombre nuevo, abrimos un concurso para premiar un cuento para nuestro periódico.

Los originales constarán de nueve á diez páginas de EL CUENTO GALANTE; deben ser remitidos sin firma, con un lema y sobre aparte el nombre del autor. Conforme vayamos recibiendo original, iremos dando cuenta al público.

Habrá un premio único de TRESCIENTAS PESETAS al cuento que lo merezca á juicio del Jurado, compuesto por D. Joaquín Dicenta, D. Felipe Trigo y D. Eduardo Zamacois, actuando como secretario D. Emilio Carrere.

Si el Jurado lo estima conveniente, se recomendarán algunos originales con la retribución ordinaria de nuestra publicación.

El plazo de admisión de originales expira el día 30 de Agosto, á las doce de la noche.

Rogamos á cuantos nos favorezcan remitiéndonos originales se mantengan dentro de los límites del buen gusto artístico. El premiado será un *cuento galante*, una historia de amor sin restricciones de moral sacristanesca; pero nunca una cosa pornográfica y desprovista de buen sentido literario.

EN EL NÚMERO PRÓXIMO PUBLICARÁ

La tragedia conyugal de un hidalgo

Por ANTONIO ROLDAN

R. 3335292

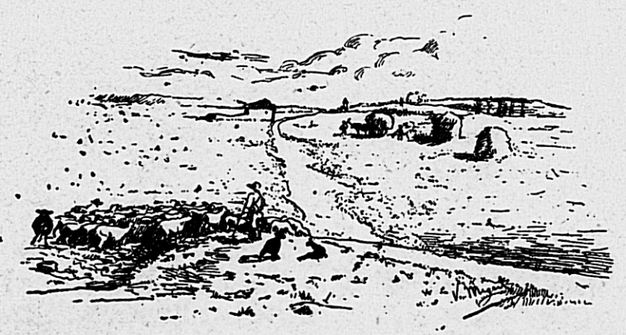
47/1703699

UNA GRAN MUJER

I

Clara y Flora.

Al promedio de la ancha, larga, serpeante y arenosa calzada, por la que iban y venían grandes y blancos rebaños clamorosos que gobernaban enamorados pastores y zagalas gentiles, como en las dulces églogas antañonas, la puerta medio entornada del mesón invitaba á los trajinantes y arrieros á un alto en el camino, á un breve descanso reparador y sabroso.



La calzada, tendida amorosamente sobre el llano, reverberaba en los rojos días estivales, luenga y bermeja, como un ancho río de fuego... Y aquella recia puerta del mesón, que entornada manteníale en una gustosa penumbra, y su piso de chinarros puntiagudos, recién regados con agua fresca del pozo, y aquel su mostrador de húmedas tablas relucientes donde se alineaban unas jarras panzudas y azules, toscas y pintorescas, evocadoras del claro y rojizo vino de la tierra, y, finalmente, aquella moza que sonreía detrás del mostrador, eran motivos más que sobrados para que los arrieros y los trajinantes suspendieran un tanto sus faenas rústicas y penetraran, con el gaznate reseco, empapada en sudor la frente, brillante y lujuriosa la mirada, en aquel mesón atrayente y castizo, conocido en tres leguas á la redonda y celebrado de todos sus conocedores, tanto por la frescura y pureza de su delicioso vinillo aloque—¡oh, sabio y zumbón filósofo Baltasar del Alcázar!—, como por aquella apetecible moza que sonreía detrás del mostrador, llegada de un pueblo lejano haría espacio de ocho meses...

Y en los días de invierno, crudos y grises, cuando el ventarrón gemía á lo largo de la llanura, y aullaban los lobos por los breñales, y cabeceaban, trágicos, los árboles desnudos, y el campo era un páramo de desolación, y la tierra, aterida y dura, parecía muerta bajo su mortaja de

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

nieve, agradecíase asimismo penetrar en el mesón y buscar abrigo en los encendidos leños del hogar, bajo la gran campana rústica donde se curaban al humo las abultadas morcillas y los bien macizos chorizos, y mirar de vez en vez, mientras se apuraba el vino de una jarra, los ojos y la sonrisa de aquella lozana moza, que también, como el vino rojo, llevaban complacencias al sentido y confortable fuego á las entrañas...

Clara llamábase la tal, y es fama que su nombre, enredado á lances de amor y á desvaríos de la voluntad y de la carne, andaba en muchas de las coplas que los arrieros del contorno cantaban para entretener las horas del camino.

Era la moza garrida y gentil. Su carne, morena y apretada, transcendía á montaraces fragancias abrileñas. Sus pechos, altos y redondos, tenían como un latir sensual y amplio, que así evocaba el brío de una fuerte maternidad, como el ímpetu carnal, insaciable y villanesco, de los recios gañanes, en las noches hondas y silenciosas del mesón... Sus caderas robustas, armónicas, potentísimas, cimbreábanse al andar la moza, firme y seguro el pisar, con un ritmo opulento y atrayente. Sus manos eran grandes y musculosas, tal que á su tosca condición cuadraba, y sus dientes, recios y blancos, rebrillaban entre los labios encendidos y sangrientos como entre los bordes de una fresca herida... ¿He de deciros también que en el fondo negrísimo de sus ojos ardía la fiebre de una exuberante y rijosa mocedad?...

Clara descendía, por línea directa de varón, de aquella donosa raza de pícaros, alto y legítimo orgullo nacional, que en sus bravas andanzas dejaron, á través de los anchos llanos de Castilla, imperecedera y fecunda simiente. Sus abuelos debieron ser casticísimos rufianes, y sus abuelas muy complacientes y desenfadadas mozas de partido...

Clara era un magnífico ejemplar de la picaresca.

Y éralo por temperamento, por naturaleza, de un modo casi inconsciente, inevitable é ingenuo.

Tenía todos los vicios y todas las virtudes de sus gloriosos ascendientes. Cuando convenía á sus intereses, era ducha en fingir á maravilla toda suerte de achaques y quebrantos; era maestra en el hurto, sin par en las burlas, y tan gran embaucadora como echadora de cartas; sabía avivar el deseo en los nervios de los pujantes arrieros; sabía hacerle arder, diluído en la sangre briosa, dentro de las venas robustas de los gañanes, y sabía enardecerle en toda casta de hombres Era una gran intuitiva del placer. Sin refinamientos, sin exquisiteces morbosas, al desnudo de las pasiones, con el solo grito rugiente y avasallador de la carne, con el solo latido de la juventud, ella triunfaba siempre, aunque en sus triunfos, innúmeros y cotidianos, caer solía en la postura denigrante del vencido...

Para Clara no existían en la vida sino dos actos transcendentales y sabrosos, dos funciones respetables y serias: folgar y guardar dineros. Y á fe que ambas cumplíalas á maravilla, porque moza que más asiduamente se refocilase y más se cuidara de esconder un real sobre otro real, no alentó nunca en estas épicas tierras de Castilla, tan prolíficas en mozas sórdidas y complacientes.

Otro sentimiento íntimo abrigaba Clara tan sincero como su afición al contrario sexo y su insaciable deseo de ahorro: el odio á los "amos". Para ella, "señorito" y "amo" eran sinónimos, y apenas veía un hombre de porte adecentado cuando el corazón se le preñaba de rencores.

Ella se daba á los jornaleros rudos por el solo goce de sus instintos carnales; pero jamás hombre hacendado pudo ufanarse con verdad de haber conseguido á Clara. Sonsacábales dinero, dábales esperanzas, enardecíales febrilmente, y á la postre, venía á pagarles con alguna sangrienta burla... Y así realizaba sus dos ilusiones predilectas: con los unos folgaba á todo su placer, y con los otros conseguía dineros, bien que no á todo su talante...

Esto necesita una explicación.

Clara tuvo una hermana. Se llamaba Flora. Era también garrida y gentil. Flora fué bárbaramente violada por un "amo"...

Aún recordaba Clara aquella tarde, ya un poco lejana, en que el tierno hijico de Flora agonizó de hambre y desnudez, sobre un jergón miserable, en un zaquizamí nauseabundo, como una flor que prematuramente se amustiara arrancada del tallo y caída en el rincón de un estercolero...

Flora, al sentir que una vida nueva arañábale en las entrañas, abandonó la casa pueblerina y paterna y huyó á la ciudad, para esconder su deshonra, para no ver el dolor de los padres, para que el hijo que la rebullía en el vientre no fuese, aun antes de nacer, traído y llevado en las coplas zumbonas y crueles que los mozos, en sus vocingleras rondas nocturnas, cantaban por las calles del pueblo, apenas sospechaban que una moza había sacrificado la sangrienta rosa de su virginidad—rosa mañanera y fragante—en el altar siempre sagrado del amor, ó en el cepo del estupro, cobarde y canallesco siempre...

Pero la ciudad no fué hospitalaria con la desventurada Flora, y tras unos meses de espinosa y dura lucha, murió el hijo aquel, desnutrido y famélico, mirando con inconsciente rabia á la madre, como reprochándola aquella trágica escasez de leche de sus pechos secos y rugosos...

Y de toda su historia desgarrada y triste, sólo recordaba Flora la alucinante agonía de su hijo, y la amargura de aquella maldita noche en que Flora, que dormía en el pajar, oyó cómo se abría cautelosamente la ventana y como un hombre dejábase caer de golpe dentro de la estancia. Era el "amo"...

Lloró y forcejeó la moza, revolcándose en las pajas crujientes, chasqueantes, en lucha con aquel sátiro lugareño...

Un grito de dolor, escapado de la garganta de la mozuela, apagó un instante los roncos jadeares y los gruñidos lujuriosos que, nacidos en el pecho velludo, salían de entre los abultados labios de aquel hombre bestial...

Luego, nada... El "amo" que salta otra vez la ventana, ahora hacia afuera; un estrépito de chicharras en la llanura, bajo la luna de Agosto, y una moza que ha perdido el tesoro de su virginidad en una hora maldita, sin amor y sin placer...

Clara, como os decía, no perdonó jamás, en nombre de todas las mujeres, aquella violación infame. y, menos aún, aquel sórdido y egoísta abandono que siguió después...

Tenía un alto sentido de la vida, y no disculpaba que la doncellez robárase así, con acometividad tan bárbara... Ella quiso ofrendarla al amor de su primer novio—un vaquero bien recio y bien galán—, pero fué con blando regalo, una perfumada y tibia noche de Abril, en el llano glorioso, sobre un lecho de hierbas olorosas, ahogándose los quedos y cálidos decires entre una lluvia de besos, bien abrazados los dos, con amorosa furia, cabe un regato saltarín y diamantino, que sonaba melifluo y acordado, como si de allá de la lejanía llegase el dulce eco de una dulce zampoña sabiamente tañida por un pulido zagal...

II

El Casiso de la Amistad

En la amplia y silenciosa plaza, casi toda de casas pardas y antiguas, con arcos y soportales, desigualmente sostenidos unos por barras de hierro, mordidas del tiempo y del orín, y otros por vetustas vigas de madera, frente á la Casa Consistorial, que alzábase altiva y labrada, rojiza y vieja, como orgullosa de sus panzudos balcones voladizos y de su pomposo y desgastado escudo nobiliario donde campeaban, borrosas, las armas de un glorioso solar; frente á esta casa destartalada y castiza, como un hidalgo fanfarrón y pobre, se alzaba, digo, el flamante casino del pueblo, un edificio del peor gusto, con fa-

chada de rabiosos colorines, que acaso tiznaron la vetustez nobilísima de un muro de piedras gloriosas y labradas, doradas á fuego por el fuerte sol de los siglos... Sobre la puerta, rezaba un gran letrero: "Casino de la Amistad".

Pero esto de la "Amistad" no debe tomarse sino en un sentido de exagerada restricción. En aquel casino, por amistad pura y santa, jamás un socio prestó á otro cinco duros, ni se afanó por librarle de alguna angustia moral ni le acompañó en sus tristezas, ni le consoló en sus dolores. Acudían al tal casino, y estos eran los más de sus socios, tratantes de ganado y políticos de la localidad, y ya, en fuerza de sabido, ha pasado á ser un tópico el que la amistad, en su alto y bello y amplio sentido, interviene muy tímidamente en los tratos económicos y en las elecciones municipales, pongo por ejemplo, de política relación entre los hombres...

La acendrada sordidez, la farsa burda, la mentira ladina y cotidiana, la cazurronería rural, el disimulo y el vicio, era lo que se veía, lo que se palpaba, lo que se mascaba dentro de aquellos muros horribles, tras el letrero aquel, tan encendido de amor al prójimo, que rezaba sobre el corrido balcón: "Casino de la Amistad".

Allí no se hablaba sino de hipotecas al sesenta por ciento, de quiebras fraudulentas, de politiquería local, de toreros y de mujeres. Se matoneaba, se jugaba y se bebía.

Eran frecuentes los escándalos por una jugada dudosa ó una violenta discusión de "ideas", allá en horas de la alta noche, cuando los cerebros y las almas estaban llenos de alcohol. Y si alguna vez se aventuraban á subir los serenos, mirando de apaciguar el tumulto, eran vapuleados bárbaramente y arrojados por las escaleras á empellones.

Las honras de las mujeres, tan quebradizas de suyo, eran allí rasgadas y manoseadas, baboseadas y zaheridas por aquellos absurdos señoritos de zamarra. Los más respetados entre ellos mismos eran los que mejor podían vanagloriarse de haber empreñado y abandonado más criadas de la labranza de sus dehesas...

Clara, la moza del mesón, tenía una idea bastante aproximada de los "amos"...

A la sazón, en la sala del billar, discutían acaloradamente unos mozalbetes:

—¡Te digo que no!

—¡Apuéstate cien reales!

—¡Y doscientos!

—¡Van!

—¡A ver si crees tú que todas van á resultarte como la hija del vaquero y como la mujer del *guarda-jurao!* Esas mujeres. . como las tenemos cogidas por el estómago!...

—Déjate de historias. ¿Van los doscientos reales?

—¡Está dicho!

Entró Enrique, un apuesto y fornido chicarrón. Enrique era estudiante y había de Madrid tornado recientemente á su lugar al sabroso descanso de las vacaciones, con sendos suspensos en "Canónico" y en "Político" y en otras ramas del Derecho, importantísimas al decir de los doctos y graves catedráticos.

Pero he de adelantarme á declarar, para dejar bien sentada la simpática personalidad de Enrique, que si nuestro hombre no llegó á compenetrarse jamás con Justiniano, aprovechó á maravilla sus estancias en Madrid en todo lo relacionado con la vida alegre, despreocupada y nocherniega.

Gayo y Papiliano le interesaron poco; los claustros de la Universidad central, llenos de erudición y de sabiduría, albergáronle muy contadas horas; los voluminosos, empalagosos y caudalosos libros de texto no se deshojaron en sus manos de libertino; no llegó á darse cuenta aproximada de lo que diferenciaba á los obispos de los subdiáconos, ni á un contrato de un cuasi-contrato, ni á las cuotas de los impuestos, ni al poder Legislativo del Ejecutivo; pero conocía y diferenciaba bien vinos muy diferentes, y sabíase de coro dónde podía encontrar mujeres de *postín* y *con lo suyo*, capaces de *quitar la cabeza* al más descontentadizo y experto en estos amables desvaríos de la juventud...

Era comunicativo y rumboso, jovial y pendenciero, simpático, en fin, aunque un poco orgullosillo de su buena apostura y de su gallarda mocedad (¡como si eso no pasara!), que tantos triunfos entre mujeres de cierta clase habíanle conseguido en los comedores de las Ventas del Espíritu Santo, atronados por la música simpáticamente callejera de los organillos y por las voces de hampones matonescos, y en los bajos alegres de la Bombilla, en las claras y castizas riberas del Manzanares, donde parece que de un momento á otro han de cesar el jolgorio y el bullicio ante el milagro de ver aparecer de nuevo, con su desabrochado levitón y bajo su enorme sombrero de copa, la figura venerable del muy amado D. Francisco de Goya y Lucientes...

Enrique, en el fondo y no obstante su apariencia de inconsistencia y de levedad, era cordial y bueno, y muy capaz de enjugar una lágrima donde la descubriese, á riesgo de cualquier peligro para su bolsillo ó para su persona.

Tenía, además, buen sentido de las cosas, y por todo ello gozaba en el pueblo, entre sus amigos y cofrades, de una legítima preponderancia.

Apenas hubo entrado, los que discutían se dirigieron hacia él cariñosa y precipitadamente.

—¡Sé tú depositario!—díjole uno.

—¿De qué, Luis?

—De doscientos reales que apuesto con César á que no conquista á Clara, la moza del mesón de Fuentesfrías.

—¡Hombre! —exclamó Enrique.—¿Qué mesón y qué moza son esos, que no oigo hablar de otra cosa?

Y el llamado Luis agregó:

—¿Quién? ¿Clara? Es verdad, que no la conoces aún. La mujer más hermosa que come pan en diez leguas á la redonda.

—Figúrate—terció César—; una golfa que duerme todas las noches con el primer arriero que se presenta, y que Luis se empeña en que es una mujer inconquistable.

—No es eso lo que asegura Luis—dijo el que hasta entonces había callado.—Lo que Luis apuesta contigo, y yo también, es que ni él, ni tú, ni yo, ni ningún señorito, consigue de ella ni tanto asi, ni el negro de una uña.

Y señalóse la del índice, bastante negra por cierto.

—¡Bueno!—agregó César. — Pues ahí van mis doscientos reales, Enrique, y quedamos...

—"¡En que la apuesta está en pie!"—declamó enfática y alegremente Enrique,



mientras se embolsaba los diez duros que le diera César

—¡Ahí van los míos!—Y del bolsillo interior del chaleco extrajo Luis un mugriento billete de cincuenta pesetas que también embolsóse Enrique.

—¡Lo dicho!—exclamó Luis.

—¡Lo dicho!—respondió César.

—Y ahora una proposición, señores. Este casino es verdaderamente hórrido y extraordinariamente antipático. El consorcio con usureros y políticos me apesta. A cambio de no codearme con ellos, prefiero comprometer mi salvación en la otra vida. Y digo "comprometer", así, en términos dudosos, porque tengo esperanzas de que allí arriba se perdonan todos los pecados de amor.

—Habla en cristiano, Enrique—insinuó César, que no entendía bien.

—En pocas palabras: ¿queréis que nos bebamos una botella en casa de la "Lunares"?

—¡De primera! ¡Y á la cuenta de César ó á la mía, á cuenta de quien pierda lo apostado! ¿Hace?

—¡Hace!—dijeron todos á una.

Y á poco estaban ya en la plaza, y se aventuraron por una revuelta y solitaria callejuela.

III

La casa de la "Lunares"

Casi á la salida del pueblo, al fondo de una siniestra encrucijada, alzábase la casa de la *Lunares*.

Era un edificio viejo y espacioso, con un amplio zaguán al frente, y un amable huerto á la parte trasera. Morada de hidalgos, sin duda, en épocas gloriosas y lejanas; santuario antaño del honor y de la bizarría, y hogaño refugio de mozas de partido, desvergonzadas y villanescas, y de castizas celestinas contumaces...

Poco menos que frontero elevábase un enorme convento de monjas carmelitas. Y así no era extraño, en el fragante milagro de las mañanas azules y doradas, oir los suaves cantos litúrgicos, llanos y suavísimos, con que las blancas palomas del Señor pedíanle gracia y fortaleza, confundidos entre las coplas canallas—algunas muy tristes, eso sí—que salían de las abiertas ventanas del burdel, como rugidos de condenación y gritos de bestia en celos, y estremecimientos carnales y sollozos de negra melancolía...

Los cantos místicos y las sensuales coplas—gozo del espíritu y gozo de la carne, inquietud de las almas puras y dolor de las almas emponzoñadas—subían mezcladas hacia lo alto, hasta el joyante azul del cielo, y quién sabe si allí se fundían en un solo gozo, en una sola inquietud y en un solo dolor, porque, al cabo, humano era todo, y todo había origen y arranque en idéntica preocupación fundamental: en tactear entre las eternas sombras del misterio, en el obscuro laberinto de la vida, y en buscar á tientas, en esta noche cerrada del vivir, los bordes del sendero que ha de conducirnos al jardín encantado y florido de la felicidad que ambicionamos...

Enrique y sus acompañantes paráronse frente á la casa de la *Lunares*, y repicaron por tres veces contra la puerta con el recio y herrumbroso aldabón.

El eco repitió los tres aldabonazos...

Asomó á una ventana el perfil socarrón y puntiagudo de una nieta de doña Trotaconventos; osciló la lucecilla de un candil en una mano temblorosa y sarmentosa, y una voz meliflua, sibilante y cascada, preguntó:

—¿Quién es?

—¡España!—contestó Enrique.

(Una encrucijada; casas de aúreas piedras y viejos escudos; un convento; una mancebía; unos mozalbetes holgazanes y fanfarrones; silencio; recogimiento; obscuridad... España era, en efecto.)

Les recibieron en la planta baja, en una habitación grande, en cuyo centro se enseñoreaba una camilla de pino, y contra cuyos muros alineábanse muchas sillas de paja. Sobre un sofá, que á trechos contaba su ruina por las bocas de sus desgarraduras rellenas de pelote, había un espejo apaisado y brillante. Abierto en el muro, en un rincón, un armario bien abastecido de botellas. Sobre el sofá descansaba una guitarra.

Cuando entraron los "señoritos", hablaban en la estancia una mujer y un hombre. Ella era joven y bonita. Daba pena encontrarla allí, tan muchachita aún, con unos labios tan frescos y unos ojos tan ingenuos...

El era uno de esos incomprensibles y aborrecibles tipos de chulos, peinado con grandes tufos rizados, de mirada agresiva, de rasurado y patibulario rostro, y de boca alargada, dura y hendida como una navajada rufianesca... Uno de esos tipejos hediondos, lepra de España entera, que hacen pensar en que la mujer será algo irredimible mientras uno solo de ellos pueda seguir viviendo de su repugnante industria.

Tras los "señoritos" entraron tres ó cuatro mujeres y la *Lunares* en persona, alta y rara distinción de la que no podían ufanarse todos los parroquianos.

La "Lunares" hizo un gesto imperativo al chulo, y el chulo, sonriendo humilde y bestialmente á los "señoritos", saludó con la gorra, guiñó un ojo á la mujercita que estaba con él, señalóse al bolsillo del chaleco, la murmuró al oído en lenguaje de germanía:—¡Estos *avillelan luz; chanela* y no seas prima!—Y se dispuso á salir.

—¡Quieto, *Manitas!*—le dijo César.—Cántanos algo y bebe unas cañas con nosotros.

—¡Olé los señoritos castizos!—respondió el *Manitas*.—¡Aquí estoy yo! ¿Qué hay que hacer?—Y se fué hacia la guitarra, y principió á templarla con sus manazas horribles de delincuente nato.

Corrió el vino y se enredaron las coplas y cayeron las sillas y estalló una loca y nerviosa alegría de burdel...

La *Lunares* no daba paz á la mano descorchando botellas...

Las mujeres, borrachas, jaleaban groseramente el ronco y quejumbroso cantar del *Manitas*, y una—*bailaora* de *tablao* allá por los tiempos moceriles de don Mariano Catalina—hacía como que destrenzaba un típico baile andaluz con unas contorsiones sobresaltadas y unas genuflexiones ridículas...

Enrique se acercó á la que antes estaba con el *Manitas*, á aquella muchachita silenciosa y fresca, que era allí, en aquel antro, como una flor en la sala de un hospital, y la preguntó refiriéndose al chulo, que ahora de nuevo prorrumpía en los grotescos aullidos de esas bellas coplas andaluzas que hacen intolerables los *cantaores de flamenco:*

—¿Quién es ése?

—¿No lo conoces?

—Ni quiero.

—Mi novio.

—¿Y tú cómo eres tan idiota que quieres á un hombre así?

—A alguien tengo que querer.

—¿Pero le quieres mucho?

—¡Si no me pegase tanto...!

—¿Y te quita el dinero?

—Por eso son las palizas.

—¿Quién te ha traído aquí?

—El.

—Tú, cómo te llamas?

—Lolita.

—No; de verdad.

—Hortensia.

—Pues me das lástima, Hortensia. ¡Eres una imbécil!

—Soy una desgraciada.

Y Hortensia se encogió de hombros y miró á Enrique con dulzura.

El *Manitas* los acechaba con la vista, y los sonreía de vez en vez, cuando le miraba Enrique, con una sonrisa de absoluto cretinismo y de rotunda relajación...

Enrique tornó á preguntarla:

—¿Te gustaría reñir con él?

—No puedo. Se vengaría.

—¿Quieres que le eche de aquí?

—Es muy valiente, y nos mataría á los dos.

—¿Le tienes miedo?

—Mucho.

—¡Viva el cante y los *güenos cantaores!*—jaleó la *Lunares* descorchando otra botella y rematando la copla que cantó el *Manitas*.

Hacia él fuese Enrique muy decidido, y le cogió violentamente la guitarra. El *Manitas* no se la discutió. Le sonrió muy amable y muy absurdo, y principió á decir con aduladora entonación de lisonja:

—¡Olé bien, y vamos á ver ahí!...

Pero Enrique hahía levantado en el aire la guitarra, y rápidamente, velozmente, sin decir una palabra, la hizo astillas sobre la cabeza del *Manitas*...

El revuelo fué mayúsculo. Las mujeres, más borrachas cada vez, armaron una gritería ensordecedora. Una de ellas púsose de parte del *Manitas* y ofendía soezmente á Hortensia en sus sentimientos más íntimos y familiares.

Hortensia estaba pálida y temblorosa...

El *Manitas*, tras vacilar y caer sobre el

sofá, se alzó á poco, blasfemó, se arqueó como un tigre, y sacó un cuchillo...

La *Lunares*, abrazada á él, rugía y suplicaba:

—¡En mi casa no! ¡En mi casa no!

El *Manitas*, forcejeando con la *Lunares*, exasperado y pálido, juraba y perjuraba-

—¡Por éstas, que *me quedo con* él! ¡Le saco el corazón! ¡Por la *salú* mía!

Los "señoritos" sujetaban á Enrique. Pero Enrique, súbitamente, se desembarazó de ellos, retiró con brusquedad á la *Lunares*, y, sin dejarle tiempo para nada, descargó dos recios puñetazos en la cara del *Manitas*, que se ensangrentó.

—¡Y ahora—gritó con enérgica resolución—si no te vas, te pego un tiro!—Y le apuntó con un revólver.

Las mujeres chillaron más aún.

El *Manitas* tiró al suelo el cuchillo y escapó como alma que lleva el diablo.

Hubo un momento de silencio y de asombro...

¡Escaparse el *Manitas!*... Si la *Lunares* hubiera creído que eso era posible, ya le hubiera echado ella mucho tiempo antes...

—¿Ves qué valiente?—preguntó Enrique á Hortensia.

Hortensia seguía temblorosa y pálida...

¡Esto *s'ha arrematao!*—exclamó la *Lunares*.—Ese *Manitas* es un pelmazo y yo *m'alegro* de que *haiga habío* quien *l'haiga ahuecao*, porque es un *mala sombra* y un alabancioso sin *formalidá* y sin educación. ¡Que se vaya á *armarle broncas* á su madre!

—¡Eso está bien dicho!—gritó César.

—Y tú—continuó el ama dirigiéndose á Hortensia—, *cuidao* conmigo. ¡Como sepa que *l'has mentao* ni *por un casual,* te pego dos *patás* y te pongo en *la del Rey!*

Y Hortensia, abrazada á Enrique, repetía con miedo:

—¡Yo no!... ¡Yo no!...

Todas hablaban á un tiempo. El alcohol las hacía delirar y sonaban las palabras roncas, incongruentes, sin atadero y sin sentido, como si se hubieran lanzado al aire unas cuantas oraciones gramaticales, y cada palabra cayese por un lado distinto del que fuera menester, casando con la menos á propósito...

La *Lunares*, Hortensia y Enrique, más dueños de sí, no entendían una palabra de todo aquello.

—¡Total, *ná!*—dijo la *Lunares*.—Que esto *s'arregla* con otra botella, ¡y á vivir!

—Bueno; pero en el huerto—respondió Enrique.

Y hacia el huerto salieron todos, trompicando y abrazándose...

...El cielo estaba magnífico. Era un cielo de Junio, todo resplandor de estrellas. La noche era serena y tibia. Y el huerto tenía como un temblor sensual, el temblor de esas noches cálidas, veraniegas, incomparables, perfumadas por un fuerte y penetrante vaho de juventud y de vida...

Todos fueron desapareciendo por parejas, y quedaron solos Hortensia y Enrique.

Ella, trémula, amorosa, conmovida, le ofrecía su cuerpo gracioso y redondo, como un palpitante trofeo al vencedor.

Sobre el huerto daba una vieja galería de madera, cubierta de enredaderas salvajes. Sonaron gritos en la galería... Repitiéronse los gritos, más agudos, y aparecieron sobre la baranda Luis y César, que traían á una mujer despeinada, aterrada, encogida, completamente desnuda... La suspendieron en el aire, y ella se abrazaba á sus cuellos, implorando... El miedo la hacía ver el peligro, á pesar de la borrachera.

—¿Qué váis á hacer?—gritó Enrique.

—¡Verás cómo cae!

—¡Un aeroplano!

—¡No! ¡Por Dios! ¡Por Dios!—suplicaba la infeliz.

Enrique trepó hasta la baranda, cogió á la mujer y la entró en su cuarto.

—¡Sois unos bestias!—dijo á sus amigos.—¡Me voy!

Estaban acostumbrados á obedecerle, y todos salieron con él.

Ya en la puerta, Hortensia se colgó al cuello de Enrique y le besó apasionadamente en los ojos y en la boca.

—¡Que vuelvas! ¡Que vuelvas!—le murmuraba al oído.—¡Eres muy simpático y muy bueno!

Salieron... Cerró Hortensia la puerta y quedó un instante ensimismada... Alboreaba el día... Los rezos de las monjas carmelitas saludaban al sol naciente y cantaban á Jesús Crucificado...

Hortensia sintió unas ganas inexplicables de llorar, un vago deseo de rezar, un



suave afán de bendecir, una inquietud dulcísima.

¡Todos querían á alguien!... ¿Llegarían á quererse ella y Enrique?... Si sufrió al *Manitas*, fué por que nadie más que él la habló de cariño en esta vida...

Y ahora, si no volvía Enrique, siempre triste, siempre sola... No. Tenía razón Hortensia. La vida sin amor es un páramo. Una cosa aborrecible y seca... A alguien había de querer...

IV

Otra vez en el mesón.

Luego que hubieron dormido unas cuantas horas, y así que les pasó la borrachera, César y Luis tornaron á enredarse en la disputa de si el primero conseguiría ó no conseguiría la carnal posesión de Clara, la moza del mesón de Fuentesfrías.

Aquella misma tarde principió César á organizar su plan de campaña. Exigió de sus amigos, ante todo, que ninguno había de acompañarle en sus visitas diarias á la venta, y que ninguno había de ir allá aprovechando las horas en que él no estuviese...

Pero pasaban los días, íbanse los dineros del mozo con tiras de su paciencia, y Clara, saltando sobre la trampa del cepo, libraba siempre la caída.

Risas, promesas, peticiones, chanzas y hasta algún empelloncico que otro: encenderle la sangre, eso sí; pero, al punto de parecer resuelta, sobrevenía algún obstáculo que dificultaba el amoroso lance y que hacía preciso su aplazamiento para el venidero día...

Enrique, preocupado con tanto oir alabar la hermosura y lozanía de aquella singular mujer, inquirió y revolvió y husmeó y llegó, por una complaciente vieja del mismo pueblo de Clara, á conocer el secreto de su extraña y edificante conducta.

Y así que todo lo supo, pensó que la moza del mesón era una mujer admirable. Enrique conocía bien las "hazañas" de los hacendados pueblerinos con mujeres de condición humilde. Y eso de que una moza plebeya se erigiera en defensora de la clase, vengando en la persona de los "amos" las muchas afrentas que á su cargo tenían, le pareció de una alta, sana y reparadora justicia... También él, de haber nacido mujer, se daría mejor á la recia acometividad de los gañanes, que á la morbosa lujuria de los "señoritos". Había en ello algo lozano, exuberante, equitativo, de un amplio y vigoroso sentido de la vida...

Y Enrique se interesó vivamente en la aventura de César. Sentíase lleno de curiosidad. Si Clara era capaz de resistirle un día y otro día, de sonsacarle dineros y de pagarle, al final, con un crudo y ejemplar escarmiento, como le aseguraron que había por costumbre, Clara era un gran tipo, una gran mujer.

...Aquella tarde se presentó César, radiante de gozo, en el "Casino de la Amistad".

—¿Qué?—le preguntaron.

—¡Pan comido!

—¿Cómo?

—Bueno, todavía no. Pero ¡pan comido! La mocita me ha costado una semana de hacer el *cateto*, y diez ó doce pesetas en propinas. Pero... ¡pan comido!

—¡Pues "me choca la mar"!—exclamó Luis, entre compungido y rabioso.

Y César, adoptando una actitud cómica, respondió enfáticamente:

—¡Si apostar conmigo estas cosas es coger los dineros y tirarlos por la ventana!

—Pero ¿es verdad?—preguntó Luis, estupefacto.

—*¡Naturaca* hombre, *naturaca!*—díjole César despectivamente. Y añadió:—Es más: que venga conmigo Enrique, que lo oiga de los mismos labios de Clara, porque á ello la he comprometido; de esos labios en los que va á hacer locuras "un servidor"; ¡servidor, peón y picapedrero! Y luego—agregó guiñando picarescamente un ojo—, luego... ¡que nos deje solos!... ¡Esta tarde ha de ser!

—¡En marcha!—contestó Enrique, cada vez más interesado en la apuesta.

Y marcharon...

Estaba el campo como calcinado de sol. Era un calor de asfixia el que respirábase en toda la extensión de la llanura... Lentas y graves, perezosas y monorrítmicas, sonaban las romanceras tonadas de los gañanes, encorvados sobre las tostadas mieses, que también se curvaban angustiosamente, preñadas del oro de su grano, como si un máximo y definitivo enervamiento estival amenazara tronchar los tallos finos y débiles... Ardían los trigales como llamas. Irradiaban un calor de hoguera. El llano entero parecía un incendio de sol, implacable y rabioso...

Dóciles, mansas, cansinas, las parejas de bueyes poderosos y reflexivos giraban en derredor de las doradas y crujientes parvas...

Por los largos caminos, que rayaban de blanco el tono parduzco de la llanura, chirriaban los viejos ejes de unos carros grandes y lentos que bamboleábanse en los baches con su áurea y olorosa carga de gavillas...

El campo tenía como un ritmo de brega y de vida, como un alentar sano y robusto. Latía el vientre de la tierra, fecundada por los hirvientes besos del sol...

César y Enrique, jadeantes y sudorosos, empujaron la entornada puerta de la venta y entraron sin aliento casi.

Clara estaba sola cerca del mostrador reluciente, sentada en una silla de tijera, remendando un rameado y policromo delantal.

Enrique, al mirarla tan apetitosa y tan garrida, se recriminó por no haberla conocido antes. Estaba hermosa de veras. El corpiño, medio desabrochado por el fuerte calor estival, dejaba al descubierto un cuello carnoso y atrayente y el nacimiento de unos pechos tersos, morenos y duros que trascender debían á campo y á salud, como dos perfumados montones de centeno... Los brazos, desnudos hasta más arriba del codo, eran recios y torneados... Sería una delicia sentirse apresado en ellos, tan redondos y tan vigorosos, en la hora suprema del placer... Caíala el abundante y negrísimo pelo en dos crenchas iguales, sobre la frente purísima, clásica, y anudábanse las trenzas en la nuca graciosa y sencillamente, atravesadas por largas horquillas detonantes...

Cantaba á media voz una vieja y picaresca copla que tenía el encanto de la ingenuidad rústica:

Cuando llega un arriero
á una puerta de posada,
primero que *to* pregunta
dónde duerme la criada...

Enrique, fijo en ella, la miró deseándola, acariciándola con los ojos...

La moza dejó de cantar su tonada, hízose la sorprendida y también les miró con fijeza, mimosa y codiciable... Luego varió de expresión, y en sus labios, hechos á la risa abierta y bulliciosa, se dibujó una sonrisa casi imperceptible, inquietante y cruel... Sonrió Clara, la moza del mesón, como hubiera podido sonreir, perversa y enigmática, una Lucrecia Borgia con disfraz de campesina...

—Buenas tardes, don César—dijo.—Pero ¿cómo trae compañía?... ¡Miren qué malo!...

Clara pronunció estas palabras últimas casi al oído de César, pero César respondió en voz recia y alta:

—Calla, mujer; si ya te dije que traería un amigo. Es apuesta, como sabes. Además, que éste es de mucha confianza y puede saberlo todo.

Y continuó, variando el tono y adquiriendo el de un seductor irresistible:

—¡Qué! ¿Entro después en la cuadra?...

Clara hizo como que se sonrojaba, como que titubeaba un punto, y murmuró:

—La palabra es palabra...

Y luego, dirigiéndose á Enrique:

—¡Miren qué vergüenza!...—Y como súbitamente resuelta á lo que fuera menester:—Pero *usté* no se apure por tan poca cosa, que para todos habrá... *Usté* se llegue otro día por aquí...

Y remató con un mohín de promesa y de sensualidad...

Enrique estaba desorientado.

—¿Dónde es la cuadra?—preguntó César.

—¡Ah! ¿Pero no sabe?... Ve ahí una puertica que hay en la parte trasera, donde la noria... Y ahora váyase con su amigo, que hay que urdir estas cosas con malicia, y vuelva de aquí á media hora, á escondidas, para que nadie recele...

Al salir preguntó César á Enrique:



—¿No es verdad que soy un tío de primera?

Y Enrique contestó suspirando:

—¡Ella sí que es una mujer de primerísima!

. . . . . .

No bien pasada la media hora, César llegó, lleno de vanidad y trémulo de deseo, á la puerta que Clara le indicase, á la trasera del mesón, mientras Enrique, muy impaciente, le aguardaba en otra venta del camino.

César aplicó el oído, estuvo un momento á la escucha, empujó la puerta cautelosamente, y creyó oir como siseos...

—¡Ya me espera!—se dijo.

Y penetró andando en puntillas...

La cuadra destinada al ganado era un lugar destartalado y obscuro. Al entrar en él viniendo de donde diera el sol, nada se

vería. Poco á poco la mirada se habituaba, y veíanse ya, mordidos aún por las sombras, los perfiles huesudos de las caballerías y el rústico armazón de los pesebres... La cuadra hedía á estiércol podrido... Era una pieza grande, con columnas de madera viejas y carcomidas, que, clavadas en el suelo terroso y desigual, sostenían el alto y envigado techo, donde, á trozos ruinosos, había como unos hábiles remiendos de sarmientos... Entre el techo y la parte alta de las columnas formaban sutiles y cenicientos ángulos empolvados y grandes telarañas...

César escuchó... De allá, del más lejano rincón, venían los siseos...

Pero no... ya no le parecían siseos... Parecían suspiros entrecortados...

A medida que avanzaba, su extrañeza iba subiendo de punto... Tornó á escuchar, á tientas entre las sombras... Ahora sonaban besos y jadeares de hombre y de mujer... Sí, no cabía duda... ¿Qué burla era aquella?...

Principió á divisar, encendido de indignación, y entrevió, sobre las piernas desnudas de Clara, los calzones de un arriero...

Relinchó un potro... Los jadeares de Clara y los jadeares del hombre aquel eran, como el del potro, un mismo relincho de brutalidad...

—¡Ahora verás, gran zorra!—gritó exasperado César, dirigiéndose hacia el rincón.

Pero no bien hubo adelantado cuatro pasos, cuando sintió un puño de hierro golpeándole en la frente... Quiso defenderse, medio á obscuras, sin ver claramente á su enemigo, y cayó de un violentísimo empujón sobre un lecho de estiércol, debajo de los pesebres... Espantóse una caballería, y, de acertar con él, le hubiera destrozado á coces...

Una carcajada de Clara, prolongada y bestial, le hizo comprenderlo todo...

Aquello estaba preparado tal como había de suceder, y aquellos formidables puñetazos eran el precio que Clara puso al arriero para entregársele....

César, aterrado, buscó la salida y huyó. Cerca ya de la puerta, aún recibió una fortísima patada en los riñones...

Se sintió molido y en ridículo, con rabia y con miedo...

Aligeró cuanto pudo y cruzó el dintel á gatas, en la más grotesca y humilde postura para un arrogante seductor profesional...

Clara seguía riendo...

Y otra vez, prendida en los brazos del fornido arriero, cayeron confundidos y jadeantes...

Enrique, que había ido acercándose al mesón, descubrió de lejos á César, y, viéndole venir con tan dificultoso andar, tan arqueado y tan sucio, barruntó el mal éxito...

Le esperó entre irónico y compasivo.

César, maltrecho y avergonzado, no pudo sino confesar, y se lo contó breve y angustiosamente.

—¿Tienes ahí el revólver?—preguntó muy á desgana y mirando de rehabilitarse ante Enrique.

—Cálmate. Sería una locura, César.

—Como quieras. ¡Pero mañana!... ¡Yo te juro que mañana!...

Juraba, porque no sabía qué decir.

Enrique hacía como que se fiaba de su valor.

—¡Hombre, César, recapacita!...

—¡Nada! ¡No recapacito nada!... Y á propósito—continuó variando de tono—: Debías devolverme mis diez duros, ¡porque si encima...!

—Eso no. ¡El azar es sagrado!—le atajó Enrique.

—¿Pero vas á contar la verdad?—preguntó César espantado.

—Toda la verdad, nó.

—Bueno, adiós, Enrique; y de la paliza, ni una palabra, ¡te lo suplico!

—¡Ni media!

César, todo lo ligero que un gran quebranto de huesos le permitía, tiró calzada abajo...

Enrique no quiso volver con él, por no amargarle más con su presencia...

Encendió filosóficamente un cigarrillo, y de allí á poco vió cómo salía de la cuadra, con un mulo del diestro, el arriero aquel, y cómo montaba, de un salto, sobre la manta de colorines que le servía de montura, y cómo se alejaba alegremente al trotar de la bestia...

Luego salió Clara; rodeó la casa, arreglóse las sayas, un poco revueltas aún, y entró por la puerta principal.

Enrique apretó el paso y entró también.

—¿No vió á su amigo?—preguntó Clara.

Enrique, para ver lo que decía la moza, contestó:

—No. Ni le veré por ahora. Yo soy de otro pueblo.

—¡Ah! ¿Sí?—respondió Clara con un rayo de esperanza en los ojos, y riendo todavía.—Pues ya marchó don César. *Usté* se llegue otro día por aquí.

—¡Gracias!... Eres muy amable...

—Y *usté* muy simpático...

—Mira: á mí déjame de esas cosas... Toma estos cinco duros.

—¿Pero esto...? ¿Va *usté* á venir mañana?...

—A la cuadra, ¿eh?... Ya te he dicho que me dejes de esas cosas. Guárdate ese billete, y dame un vaso de vino.

—Pero ¿por qué me da tanto dinero?

—Porque eres una mujer admirable.

—¿Por qué?

—Porque eres una gran mujer.

Clara le miró atónita, y le sirvió en lo que pedía.

Enrique la preguntó á bocajarro:

—¿No temes la venganza de los "señoritos"?

Clara comprendió que Enrique lo sabía todo, creyó que la amenazaba, y dijo arrogante:

—Soy yo muy quién, aunque me encuentre sola, para arrancarles el corazón.

Enrique tomó el vaso de sobre el mostrador y apuró el vino con regalo y con pausa, saboreando su pureza y su frescura, mientras miraba de soslayo á Clara, aún encendida de pasión, y lamentaba muy de veras que sólo para los arrieros y para los gañanes consintiese en dar su delicia y su fragancia aquella bravía y bermeja rosa de campo...

Alberto Valero Martín.

Santander.

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Directorio Madrileño de Industrias, Comercio y Profesiones

A plazos. Sastrería
GUIDOTTI Y NAVARRO
Elegante casa que también trabaja á plazos mensuales.
Carretas, 23 y 25, principal.

Librería Hispano-Americana de la
VIUDA DE GREGORIO PUEYO
Envío de libros, periódicos y revistas á provincias y extranjero. Precios económicos. Catálogo gratis.
Calle de la Abada, núm. 19.-Apartado 222.-Madrid.

MECANOGRAFO
CORRECTA ORTOGRAFÍA. OCHO AÑOS DE PRÁCTICA EN LA MÁQUINA «HAMMOND»
Desea colocación. Hace trabajos de copias á máquina y reproducciones.
ESPIRITU SANTO, 24, tercero

Al todo de ocasión
Compro alhajas, antigüedades, encajes, telas, abanicos antiguos y aparatos fotográficos, pianos y pianolas.
FUENCARRAL, 45, TIENDA

EL CUENTO GALANTE

La mejor y más barata de las Revistas literarias

Publica todos los jueves una novela inédita ilustrada á dos tintas

NUMEROS PUBLICADOS

1 **¿Cuál de los dos?,** por Joaquín Dicenta.
2 **Mi hermana Antonia,** por D. Ramón del Valle-Inclán.
3 **El Capricho de Estrella,** por Antonio de Hoyos y Vinent.
4 **Era El,** por Francisco Villaespesa.
5 **Los Reyes pasan,** por Eduardo Zamacois.
6 **La tristeza del burdel,** por Emilio Carrère.
7 **Por la Ronda de Valencia,** por Fernando Mora.
8 **Serafines de retablo,** por Diego San José.
9 **Eleonora,** por Rafael López de Haro.
10 **Augusta,** por D. Ramón del Valle-Inclán.
11 **Amores que allá quedaron,** por Benigno Varela.
12 **Se deshojó la flor,** por Claudina Regnier.
13 **Una aventura de amor,** por Emilio Carrère.
14 **Príncipes y cortesanas,** por Prudencio Iglesias.
15 **La escuela de las coquetas,** por Julio Hoyos.

Establecimiento tipográfico de JUAN PUEYO.—Calle de Mesonero Romanos, número 34.—MADRID